

Voy a contar el caso más espantable y prodigioso que buenamente imaginarse puede, un caso que hará erizar el cabello, horripilarse las carnes, pasmar el ánimo y acobardar el corazón más intrépido, mientras dure su memoria entre los hombres y pase de generación en generación su fama con la eterna desgracia del infeliz a quien cupo una suerte tan mala y desventurada. ¡Oh, cojos!, escarmentad en pierna ajena y leed con atención esta historia, que tiene tanto de cierta como de lastimosa. Con vosotros hablo, y mejor diré con todos, puesto que no hay en el mundo nadie, a no ser que carezca de piernas, que no se halle expuesto a perderlas.

Érase que en Londres vivían, no hace ni medio siglo, un comerciante y un artífice<sup>1</sup> de piernas de

<sup>1</sup> *Artífice*: fabricante.

palo, famosos ambos: el primero, por sus riquezas, y el segundo, por la rara habilidad que mostraba en su oficio. Basta decir que esta era tal, que aun los de piernas más ágiles y ligeras envidiaban las que solía hacer de madera, hasta el punto de haberse puesto de moda las piernas de palo, con grave perjuicio de las naturales.

Acertó en este tiempo nuestro comerciante a romperse una de las suyas, con tal perfección, que los cirujanos no hallaron otro remedio más que cortársela. Aunque el dolor de la operación estuvo a punto de hacerle expirar, una vez que se encontró sin pierna no dejó de alegrarse pensando en el artífice, que con una de palo habría de librarle para siempre de semejantes percances.

Mandó llamar a Mr. Wood<sup>2</sup> al momento (que este era el nombre del estupendo maestro pernero) y, como suele decirse, no se le cocía el pan<sup>3</sup>, imaginándose ya con su bien arreglada y prodigiosa pierna. Y es que, aunque era hombre grave, gordo y de

<sup>2</sup> Irónicamente, Espronceda da al maestro pernero el nombre de Mr. Wood, es decir, señor Madera.

<sup>3</sup> *No se le cocía el pan*: no veía la hora.

más de cuarenta años, el deseo de experimentar en sí mismo la habilidad del artífice le tenía fuera de sus casillas<sup>4</sup>.

No se hizo esperar mucho tiempo, que el comerciante era rico y gozaba renombre de generoso.

—Mister Wood —le dijo—, felizmente necesito de su habilidad de usted.

—Mis piernas —repuso el artífice— están a disposición de quien quiera servirse de ellas.

—Mil gracias. Pero no son las piernas de usted, sino una de palo lo que necesito.

—Las de ese género ofrezco yo —replicó Wood—, que las mías, aunque son de carne y hueso, no dejan de hacerme falta.

—Por cierto, que es raro que un hombre como usted, que sabe hacer unas piernas tan extraordinarias, use todavía las mismas con que nació.

—Sobre eso habría mucho que hablar, pero vamos al grano. Usted necesita una pierna de palo, ¿no es eso?

<sup>4</sup> *Fuera de sus casillas*: fuera de sí, impaciente.

—Cabalmente —replicó el acaudalado comerciante—, pero no vaya usted a creer que se trata de una cosa cualquiera, sino que es menester que sea una obra maestra, un milagro del arte.

—Un milagro del arte, ¿eh? —repitió míster Wood.

—Sí, señor, una pierna maravillosa, cueste lo que cueste.

—Estoy en ello. Una pierna que supla en un todo la que usted ha perdido.

—No, señor. Es preciso que sea mejor todavía.

—Muy bien.

—Que encaje bien, que no pese nada, ni tenga yo que llevarla a ella, sino que ella me lleve a mí.

—Será usted servido.

—En una palabra, quiero una pierna..., vamos, ya que estoy en el caso de elegirla, una pierna que ande sola.

—Como usted guste.

—Así que ya está usted enterado.

—De aquí a dos días —respondió el pernero— tendrá usted la pierna en casa, y le prometo que quedará complacido.

Dicho esto se despidieron, y el comerciante quedó entregado a mil sabrosas y lisonjeras esperanzas, pensando en que de allí a tres días se vería provisto de la mejor pierna de palo que podía haber en todo el Reino Unido de la Gran Bretaña.

Entretanto, nuestro ingenioso artífice se ocupaba ya en la construcción de su máquina, con tanto empeño y acierto que, tres días después, como había prometido, su obra estaba acabada, y él muy satisfecho de su adelantado ingenio.

Era una mañana de mayo y empezaba a rayar el día feliz en que habían de cumplirse las mágicas ilusiones del despiernado<sup>5</sup> comerciante, que yacía en su cama muy ajeno de la desventura que le aguardaba. Se moría de ganas de calzarse la prestada pierna, y cada golpe que sonaba a la puerta de la casa retumbaba en su corazón.

«Ese será», se decía a sí mismo, pero en vano, porque antes que su pierna llegaron la lechera, el cartero, el carnicero, un amigo suyo y otros mil

<sup>5</sup> *Despiernado*: sin pierna.

personajes insignificantes, creciendo por instantes la impaciencia y la ansiedad de nuestro héroe, del mismo modo que quien espera un frac nuevo para ir a una cita amorosa y tiene al sastre por embustero. Pero nuestro artífice cumplía mejor sus palabras. ¡Ojalá que no las hubiese cumplido entonces!

Llamaron, en fin, a la puerta, y al poco rato entró en la alcoba del comerciante un oficial<sup>6</sup> de su tienda con una pierna de palo en la mano, que no parecía sino que se le iba a escapar.

—Gracias a Dios —exclamó el banquero—, veamos esa maravilla del mundo.

—Aquí la tiene usted —replicó el oficial—, y crea usted que mejor pierna no la ha hecho mi amo en su vida.

—Ahora veremos —dijo.

Y, enderezándose en la cama, pidió de vestir y, luego que se mudó la ropa interior, mandó al oficial de piernas que le acercase la suya de palo para probársela.

<sup>6</sup> *Oficial*: empleado.

No tardó mucho tiempo en calzársela. Pero aquí entra la parte más lastimosa. No bien se la colocó y se puso en pie cuando, sin que fuerzas humanas bastasen para detenerla, la pierna echó a andar por sí sola con tal seguridad y rapidez tan prodigiosa, que, a pesar suyo, el obeso cuerpo del comerciante tuvo que seguirla. De nada sirvieron las voces que este daba, llamando a sus criados para que le detuvieran.

Desgraciadamente, la puerta estaba abierta y, cuando ellos llegaron, ya estaba el pobre hombre en la calle. Cuando se vio en ella, ya fue imposible contener su ímpetu. No andaba, volaba; parecía que iba arrebatado por un torbellino, que iba impelido de un huracán.

En vano intentaba echar atrás el cuerpo cuanto podía, tratar de asirse a una reja, dar voces que le socorriesen y detuvieran, diciendo que temía estrellarse contra alguna tapia. El cuerpo seguía a remolque el impulso de la alborotada pierna. Si se esforzaba para cogerse a alguna parte, corría peligro de dejarse allí el brazo. Y, cuando las gentes acudían a sus gritos, ya el malhadado banquero había desaparecido.

Tal era la violencia y rebeldía del postizo miembro. Y lo mejor era que se encontraba a algunos amigos que le llamaban y aconsejaban que se parara, lo que para él era tan imposible como tocar el cielo con la mano.

—Un hombre tan formal como usted —le gritaba uno— en calzoncillos y corriendo por esas calles. ¡Vaya, vaya!

Y el hombre seguía, maldiciendo y jurando y haciendo señas con la mano de que no podía pararse de ningún modo.

Unos le tomaban por loco; otros, que intentaban detenerle poniéndose delante, caían atropellados por la furiosa pierna, lo que valía al desdichado andarín mil injurias y picardías<sup>7</sup>.

El pobre lloraba. Al fin, desesperado y aburrido, se le ocurrió la idea de ir a casa del maldito fabricante de piernas que le había puesto en aquel estado.

Llegó y llamó a la puerta al pasar. Pero ya había atravesado la calle cuando el maestro se asomó a

<sup>7</sup> *Picardía*: insulto.





ver quién era. Solo pudo divisar a lo lejos a un hombre, arrebatado en alas del huracán, que juraba venganza agitando la mano.

Para colmo, al caer la tarde, el apresurado varón notó que la pierna, lejos de aflojar, aumentaba su velocidad por momentos.

Salió al campo y, casi exánime y jadeando, acertó a tomar un camino que llevaba a una quinta de una tía suya que allí vivía.

Estaba aquella respetable señora, con más de setenta años encima, tomando un té junto a la ventana del *parlour*<sup>8</sup> y, al ver llegar a su sobrino tan alegre y regocijado corriendo hacia ella, empezó a sospechar si habría llegado a perder el seso, y mucho más al verle tan deshonestamente vestido.

Al pasar el desventurado cerca de sus ventanas le llamó, muy seria, y empezó a echarle una exhortación muy grave acerca de lo impropio que era, en un hombre de su carácter, andar de aquella manera.

—¡Tía, tía! ¿También usted? —respondió entre lamentos el sobrino perniligero<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> *Parlour*: salón, en inglés.

<sup>9</sup> *Perniligero*: es decir, de pierna ligera.

No se le volvió a ver desde entonces, y muchos creyeron que se había ahogado en el canal de la Mancha al salir de la isla.

Hace, no obstante, algunos años que unos viajeros recién llegados de América afirmaron haberle visto atravesar los bosques del Canadá con la rapidez de un relámpago. Y hace poco se vio un esqueleto desarmado vagando por las cumbres del Pirineo, con notable espanto de los vecinos de la comarca, sostenido por una pierna de palo.

Así continúa la prodigiosa pierna dando la vuelta al mundo con increíble presteza, sin haber perdido aún nada de su primer arranque, furibunda velocidad y movimiento perpetuo.